

La «unidad política» de los católicos en la segunda postguerra

Filippo Mazzonis

1. Breves notas historiográficas

El largo período en el que la Democracia Cristiana, aun con diferentes alianzas, ha gobernado Italia, ha terminado por influenciar en gran medida la historiografía sobre el movimiento católico italiano (y sobre la propia DC, en particular). Simplificando al máximo el discurso, se pueden distinguir tres fases. La primera, con una duración de más de un ventenio, ha visto el predominio casi exclusivo de tendencias preocupadas por ofrecer una clase de legitimación histórica a la afirmación del partido católico en la segunda postguerra mediante la reconstrucción documentada de una línea que, partiendo de la oposición postunitaria y a través de la primera experiencia democristiana y Sturzo, permitiera reivindicar una continuidad de oposición democrática y popular al sistema hegemónico de las viejas clases dominantes ¹. En el origen de la segunda fase, que se hace más

¹ Para este primer período, que ve la masiva movilización de los mayores exponentes de la historiografía católica (de Gabriele De Rosa a Fonzi, de Passerin d'Entrèves a Scoppola, etc., con las solitarias excepciones de Spadolini y Candeloro), se pueden ver los siguientes títulos de reflexión historiográfica, entre los numerosos aparecidos sobre el argumento: REINERI, M., *Il movimento cattolico in Italia dall'Unità al 1948*, Turín, 1975; GUASEO, M., «Il "movimento cattolico" nella società italiana dall'Unità oggi. Bilancio storiografico e prospettive di ricerca», en *Quaderni del Centro studi religiosi*, núm. 41, Módena, 1977; GARICHO, B., y PASSERIN D'ENTREVÈS, E., *Introduzione alla storia del movimento cattolico*, Bolonia, 1979; ROSSI, M. C., «Immagini del regime democristiano», en *Politica e società*, núm. 3, 1980.

evidente en los años setenta, se observa por un lado el emerger de una crisis política y social cuyos caracteres originales parecían tener sus raíces en el contexto mismo que había asegurado el poder a la DC, y por otro la convicción extendida de que hubiera bastado un último y decisivo empujón para abatir aquel poder y comenzar un proceso general de renovación del país: el enfrentamiento, o mejor, el contraste entre las nuevas tendencias y las dominantes en la fase precedente (todavía bien presentes y activas, como demuestra la publicación a partir de 1981 de los volúmenes del *Dizionario storico del movimento cattolico in Italia*) llevó a una radicalización del debate historiográfico entre posiciones rígidamente contrapuestas y realmente faltas de ulteriores posibilidades de desarrollo ². El *impasse* así determinado, incluso por efecto de la crisis general de la historiografía política (y en particular de aquella sobre los partidos políticos, efecto a su vez de la crisis de los partidos mismos, que alcanza plena madurez en los años ochenta, que corresponden a la tercera fase historiográfica), mientras contribuía al empobrecimiento de una seria pro-

² Dada la imposibilidad, obvia, de ofrecer un panorama completo, aunque fuera sintético, de los estudios sobre el argumento, me limito a señalar los títulos siguientes como más ejemplificativos de la situación descrita en el texto, además del ya citado *Dizionario storico del movimento cattolico in Italia 1860-1980* (5 vols., eds. TRANIELLO, F., y CAMPANIN), e., Turín, 1981 y ss.); BAGET-Bozzo, e., *Il partito cristiano al potere. La De di De Gasperi e di Dossetti. 1945-1954*, Roma, 1974; SCOPPOLA, P., *La proposta politica di De Gasperi*, Bari, 1977; HODANO, F., *Questione democristiana e compromesso storico*, Roma, 1977; ROSSI, M. e., *Le origini del partito cattolico. Movimento cattolico e lotta di classe nell'Italia Liberale*, Roma, 1977; ID., *Da Sturzo a De Gasperi. Profilo storico del cattolicesimo politico del Novecento*, Roma, 1985; BHEZZI, C., *Il cattolicesimo politico in Italia nell'900*, Milán, 1979; GIOVAGNOLI, A., *Le premesse della ricostruzione. Tradizione e modernità nella classe dirigente cattolica del dopoguerra*, prefacio de P. Scoppola, Milán, 1982. Entre las contribuciones aparecidas en el mismo período hay que señalar también LANARO, S., «Società civile, "mondo" cattolico e democrazia cristiana nel Veneto tra fascismo e postfascismo», en VV. AA., *I cattolici dal fascismo all'18 aprile*, Venecia, 1977; MAGISTER, S., *La politica vaticana e l'Italia. 1943-1978*, Roma, 1979; MORO, R., *La formazione della classe dirigente cattolica. 1929-1937*, Bologna, 1979; *Scrilli politici di Alcide De Gasperi*, introducción y edición de ZILININO, P. e., Milán, 1979; SALVATI, M., *Stato e industria nella ricostruzione. Alle origini del potere democristiano (1944-1949)*, Milán, 1982. Por la particularidad de la aproximación metodológica y por la originalidad interpretativa: MICCOLI, e., «La Chiesa e il fascismo», en QUAZZA, G. (ed.), *Fascismo e società italiana*, Turín, 1973; ID., «Chiesa, partito cattolico e società civile», en CASTHONOVU, V. (ed.), *L'Italia contemporanea 1945-1975*, Turín, 1976 (los dos están ahora recogidos en MICCOLI, e., *Fra mito della cristianità e secolarizzazione. Studi sul rapporto chiesa-società nell'eta contemporanea*, Casale Monferrato, 1(85).

fundación de la reflexión sobre la especificidad del movimiento católico y el significado político de su historia³, favorecía el crecimiento de la actividad de investigación y de estudio en el campo de la historia socio-religiosa, de la historia de la Iglesia y el afirmarse de un género de estudios más atentos a las sugerencias que ofrecía la ciencia política⁴. A estas primeras tres fases (ya concluidas, o por 10

³ Para una reflexión sobre el tema de la «especificidad» del movimiento católico, además de los estudios de Miccoli citados en la nota anterior: VERUCCI, e., «Nuove vil, di ricerca sul movimento cattolico», en *Quaderni storici*, núm. 9, 1974; ID., «Religione e scelte politiche negli studi storici del secondo dopoguerra», en *Belfagor*, núm. 3, 1978. Desde ángulos y con perspectivas diversas, la cuestión ha sido de nuevo afrontada por MOHO H., «Il "modernismo buono". La "modernizzazione" cattolica tra fascismo e postfascismo come problema storiografico», en *Sloria Conlemporanea*, núm. 4, 1988.

⁴ Imposible señalar los títulos de la rica publicística de historia socio-religiosa a los que ha dado un impulso preponderante la actividad de investigación del grupo reunido en torno a la revista *Ricerche di storia sociale e religiosa*, dirigida por eabriele De Rosa y de aquel que pertenece a la revista *Cristianesimo nella storia* del Instituto para las Ciencias Religiosas, cuyos animadores son eiuippe Alberigo y Daniele Menozzi. Para la historia de la Iglesia, además del libro de Miccoli indicado en la nota 2, véanse: HICCAHDI, A. (ed.), *Pio XII*, Bari-Homa, 1984, y *Chiese di Pio XI*, a cargo del mismo, Bari-Homa, 1986; CIITOLINI, e., y MICCOLI, C. (eds.), «La Chiesa e il potere politico del medioevo all'età contemporanea», en *Sloria d'Italia. Annali* 9, Turín, 1986; ALBERICO e. (ed.), *Papa Giovanni*, Homa-Bari, 1987; RICCARDI, A., *Il polere del papa. Da Pio XII a Paolo VI*, Homa-Bari, 1988; VERUCCI, G., *La chiesa nella società conlemporanea. Dal primo dopoguerra al Concilio Vaticano II*, Roma-Bari, 1988 (sobre estos y otros títulos puede verse la reseña historiográfica «Chiesa e società nell'Italia contemporanea», a cargo de F. Mazzonis, en *Passato e presente*, núms. 20-21, 1(89); CASILA, C. F., *Domenico Tardini (1888-1961). L'azione della Santa Sede nella crisi fra le due guerre*, Roma, 1988; ALBERICO, e., y RICCARDI, A. (eds.), *Chiesa e papalo nel mondo conlemporaneo*, Bari, 1990; MENOZZI, D., *La chiesa calolica e la secolarizzazione*, Turín, 1993. Algunos títulos de los más significativos entre cuantos han contribuido al desarrollo de una tendencia historiográfica abierta a las sugerencias de las otras ciencias sociales, en particular de las politológicas (tendencia de la que fue precursor Paolo Farneti): POMBENI, P., *Il gruppo dosselliano e la fondazione della democrazia italiana (1938-1948)*, Bolonia, 1979; CASSANO, F., *Illeorema democristiano. La mediazione della De nella società e nel sistema politico italiano*, Bari, 1979; eHIBAIDI, G., *Mediatori. Antropologia del polere democristiano nel Mezzogiorno*, con notas introductivas de A. eraziani y E. Grendi, Turín, 1980; TASSANI, e., *La terza generazione. De Dossetti a De Gasperi, tra Slalo e rivoluzione*, Roma, 1988; DI LORETO, P., *La difficile transizione. Dalla fine del centrismo al centro-sinistra. 19.53-1960*, Bolonia, 1993. Aunque no centrado específicamente sobre la DC y el movimiento católico, merece ser señalado por el gran relieve historiográfico desde un punto de vista interpretativo (se trata además del primer y por ahora único título científico sobre el argumento), el trabajo monográfico de DE FELICE, F., «Doppia lealta e doppio Stato», en *Sludi Slorici*, núm. 3, 1989.

menos delineadas) se podría añadir una cuarta, todavía en desarrollo, en la cual se asiste a una recuperación de los estudios de historia política, con el intento, muy evidente, de ordenar en una primera síntesis de gran alcance historiográfico el cuadro de los acontecimientos de la que se define ya comúnmente como la «primera República»⁵.

Establecido 10 anterior como premisa, y teniendo en cuenta las nuevas perspectivas inevitablemente ofertadas por la actual coyuntura política, incluso en clave historiográfica, yo mantengo que, para entender correctamente el significado histórico de la «unidad política» de los católicos y de la función que ésta ha desarrollado en Italia durante todo este largo período de la segunda postguerra, es oportuno retomar y desarrollar de nuevo la reflexión sobre la «especificidad» del movimiento católico, según una doble vía de aproximación al argumento, rica, en mi opinión, de sugerencias metodológicas y de implicaciones interpretativas. En otros términos, se trata de considerar (en los dos casos actuando sobre un largo período), por una parte, el significado del nexo profundo que une el fenómeno a la historia de la Iglesia en la edad contemporánea, y por otro, el grado de homogeneidad (o, si se prefiere, de organicidad) que dicho fenómeno presenta respecto a la historia italiana. Es con estos hijos con los que se teje mi discurso, con la intención no tanto de ofrecer un panorama sintético de un argumento tan complejo, sino más bien de individuali-

⁵ Me parece significativo que las dos primeras contribuciones hayan sido ofrecidas por la historiografía anglosajona: SASSON, D., *L'Italia contemporanea. I partiti, le politiche, la società dal 1945 a oggi*, Roma, 1988; GINSBORG, P., *Storia d'Italia dal dopoguerra a oggi. Società e politica 1943-1988*, Turín, 1989. Entre los posteriores: SCOPPOLA, P., *La repubblica dei partiti. Profilo storico della democrazia in Italia (1945-1990)*, Bolonia, 1991; LANARO, S., *Storia dell'Italia repubblicana. Dal'affine della guerra agli anni novanta*, Venecia, 1992; MAMMARELLA, C., *La prima Repubblica dal'affondazione al declino*, Roma-Bari, 1992; LEPRE, A., *Storia della prima Repubblica. L'Italia dal 1942 al 1992*, Bolonia, 1993; COLARIZI, S., *Storia dei partiti dell'Italia repubblicana*, Roma-Bari, 1993. Además puede verse: CIERUBINI, G.; DELLA PEBUTA, F.; LEPORE, E.; MOBI, G.; PBOCACCI, C., y VILLABI, H. (dirs.), *Storia della società italiana*, vols. XXII, XXIV, XXV, Milán, 1989-1990, y BONINI, F., *Storia costituzionale della Repubblica. Profilo e documenti (1948-1992)*, introducción de P. Scoppola, Roma, 1993. Por último, hay que señalar la aparición del primer volumen de la *Storia dell'Italia repubblicana*, BARBACALLO, F. (Coord.); BABONE, G.; BRUNO, G.; DE FELICE, F.; MANGONI, L.; MOHI, G.; ROSSI, M. G., y THANAFACIA, N., Turín, 1994. Y entre los estudios que no son de síntesis, recordar: CASELLA, M., 18 aprile 1948. *La mobilitazione delle organizzazioni cattoliche*, Galatina, 1992.

zar y reconstruir algunas líneas de tendencia en su interior con el propósito de contribuir a la recuperación de la reflexión histórica ⁶.

2. La DC de Pío XII y De Gasperi

El pontificado de Pío XII representó el estadio culminante y conclusivo de una primera fase de la historia de la Iglesia en la edad contemporánea, caracterizada por su inserción progresiva en la sociedad capitalista-burguesa. Desde el principio existía el peligro de que se insertara de un modo subalterno, es decir, de que se realizara un proceso que por un lado redujese a la Iglesia a la categoría de un *holding*, ya que grande y multinacional estaría también sometida -como las demás- a las lógicas del sistema y a los riesgos que éstas comportaban, y por otra, la redujese a una función meramente institucional de soporte y defensa de las posiciones e intereses de las nuevas clases dirigentes, funciones que éstas intentaron efectivamente asignarle. Por ello, el empeño constante, mantenido con férrea autoridad por Pío XII y sus sucesores, por conservar para la Iglesia su propia identidad histórica, tanto en el plano ideológico como en el doctrinal, y por mantener su propia autonomía sin dejar por ello de reivindicar el derecho al papel hegemónico sobre toda la sociedad, que la afirmación y consolidación del modelo capitalista-burgués le habían quitado.

Tal realidad marcó de manera inconfundible la relación entre la Iglesia y el movimiento católico, que nació y se desarrolló bajo la rígida dirección de la institución eclesiástica y con el objetivo de defender sus supremos intereses y conseguir la «reconquista católica de la sociedad», la única que habría podido garantizarlos. Esta es la causa fundamental del conocido interclasismo del movimiento católico. Su tarea, en efecto, ni podía ni debía ser la tutela de este o aquel grupo social, sino que debía consistir de manera primaria en dirigir los esfuerzos de *todos* (en cuanto que partícipes de la sociedad en su conjunto, no en cuanto exponentes de una clase social determinada) ha-

⁶ Por lo que respecta a las líneas generales de la presente propuesta interpretativa, me permito reenviar a mis estudios anteriores: «Storia della chiesa e origini del partito cattolico», en *Studi storici*, núm 2, 1980; «Mondo cattolico e DC nella realtà italiana», en *Critica marxista*, núm. 3, 1982; «La chiesa di Pio XII dalla riconquista alla diaclisi», en *Storia della società italiana*, vol. XIII, cito

cia la edificación de una sociedad íntegramente cristiana. Cuando esto se consiguiera, entonces (y sólo en ese momento) los intereses y los derechos de *todos* estarían finalmente garantizados gracias a la autoridad de la Iglesia y a la luz de los principios de la doctrina social fundada por Leon XIII en la *Rerum novarum*.

Por otra parte hay que añadir que los tiempos y modos del desarrollo del movimiento católico en Italia estuvieron condicionados por la realidad misma del país; en particular por las exigencias de un modelo de desarrollo industrial *late joiner* muy pobre de capitales y por las conocidas graves carencias de capacidad hegemónica de los grupos dominantes nacionales.

Un importante ajuste en la ruta trazada por la alta jerarquía eclesiástica se produjo a principios de los años treinta. La gran crisis de 1929 amenazaba con desmoronar aquel sistema capitalista en el que también la Iglesia se había perfectamente asentado y a cuya suerte no podía permanecer indiferente. La Iglesia de Pío XI optó entonces, como punto de referencia *obligada*, por cualquier intento de superación de la crisis, sin que ello, es claro, implicase la superación del sistema mismo. No estaba efectivamente en discusión el derecho de propiedad (que permanecía siempre «intacto e inviolado»), sino «el uso del mismo». Se abrió así oficial y solemnemente (*Quadragesimo anno*, 1931) la «tercera vía» católica, que podemos esquemáticamente simplificar en los siguientes términos: preveía despojar el sistema capitalista del manto ideológico protestante para revestirlo de ropajes católicos; sustituir por el principio del interés, del aprovechamiento, el concepto tomista de *bien común*, que había constituido el punto de fuerza de la doctrina social católica. Para conseguir esta «mejor organización social» era necesaria la intervención del Estado (de un Estado -entiendase bien- sobre bases corporativas) cuyo éxito dependería esencialmente de «cuanto mayor fuera la contribución [...] de aquellos hijos Nuestros que la Acción católica forma de modo exquisito», obviamente, siempre «bajo la guía y el magisterio de la Iglesia».

La aportación crítica de los principales componentes de la llamada «cultura de la crisis» -tendientes en su mayor parte a cuestionar las distorsiones del mercado y, al mismo tiempo, a rebuscar los remedios aptos para evitar la temida revolución socialista-, el mantenimiento de los perniciosos efectos de la crisis a lo largo de los años treinta, el estallido y la trágica violencia del segundo conflicto mun-

dial, reforzaron en Pío XII la convicción en la validez de esta perspectiva hasta asumir características axiomáticas: en las múltiples intervenciones del pontífice, sobre todo en los mensajes de radio, la «tercera vía» se convierte en la «única vía» de salvación para la civilización occidental (léase para el mundo capitalista). El mensaje que dirige a las clases dirigentes mientras aún dura la guerra es preciso e inequívoco: «la salvación, la renovación y una mejora progresiva no pueden producirse sino por un retorno de amplias e influyentes clases» a aquellas «incontrovertidas fundamentales normas» que sólo la Iglesia puede dictar y de cuya observancia únicamente «depende la firmeza final de cualquier nuevo orden nacional e internacional». Punto de llegada del nuevo orden sólo podrá ser un Estado democrático concebido «según el espíritu cristiano», para dirigir el cual deberá llamarse (*naturaliter*, diría) a una «clase elegida de hombres de sólida convicción cristiana».

En el tormentoso clima de la postguerra, Pío XII no tiene dudas de que la Iglesia pueda y deba representar el único punto de referencia tanto para la población de los países industrializados como para los del «tercer mundo», recorrido por nuevos peligrosos fermentos: «la Iglesia es, en efecto, la sociedad perfecta, la sociedad universal que une entre ellos en la unidad del Cuerpo místico de Cristo a todos los hombres». Fuera de este modelo de civilización capitalista-burgués redimido por el catolicismo, que tiene su propia cuna en la «Europa carolingia» y reconoce en Roma su propia capital ideal y espiritual, no existe esperanza de salvación, queda sólo la desesperación y las tinieblas de la barbarie comunista. La elección drástica y sin alternativa es entre Roma y Moscú: *tertium non datur*. Y es en este contexto, y para realizar también (y en primer lugar) en Italia este proyecto, para lo que nace la DC de De Gasperi.

Se trató de una decisión difícil, a la que se llegó no sin contrastes ni sin haber experimentado primero otras alternativas. Las fuertes reservas (cuando no la aversión) que la Iglesia había demostrado siempre hacia la idea misma de partido y las personales inclinaciones de signo conservador de no pocas altas personalidades de la curia (mientras el pontífice se mantenía aparentemente firme en la que Emile Poulat ha definido «su voluntad de afirmarse por encima de las partes») apoyaban otras hipótesis más gratas: desde aquella de tipo «salazarista» (y también «franquista», como demuestran los términos en los que fue aprobado el Concordato del 53 con España), hasta la po-

sibilidad de hacer confluír los votos católicos en uno o más partidos conservadores de tipo tradicional.

Fue indudablemente mérito de De Gasperi, que había comprendido lo inapropiado e inoportuno de tales soluciones (y con él también Montini y su grupo de AC), el haber mantenido viva la propuesta de la *unidad política de los católicos* en un partido orientado a la aceptación del sistema liberal-democrático; pero sin embargo fue la realidad de la situación italiana posterior al 8 de septiembre del 43 la que convenció a la cúpula vaticana de lo inevitable de una elección (es decir, la unidad política de los católicos en la DC) por la cual, y por el nombre de De Gasperi, declararon abiertamente optar a partir de finales de 1943.

Fue una elección destinada a revelarse pronto como adecuada y en perfecta sintonía con la impostación estratégica general de Pío XII, como nos confirma una atenta relectura de las premisas ideológicas de la «propuesta política» del *leader* trentino contenidas en tres sucesivos y bastante conocidos documentos (*Idee ricostruttive della Democrazia cristiana, Le parole dei democratici cristiani, Il programma della Democrazia cristiana*) elaborados en los difíciles años de transición y preparación. Por otra parte, y justamente en lo que se refiere al partido (o sea, por lo que respecta tanto a su estructura organizativa como a las tareas y al papel que se le asigna), el proyecto de De Gasperi estaba en condiciones de hacer desaparecer las perplejidades residuales frente a la «autonomía» y la «aconfesionalidad» del laicado católico políticamente organizado.

Pero, ¿cuáles fueron el significado y las coordenadas fundamentales de la «propuesta política degasperiana»? Aquí está, en mi opinión, el punto clave de toda la cuestión, cuya solución debe buscarse, creo, a lo largo de las líneas interpretativas hasta aquí desarrolladas si se quiere entender el sentido de la «especificidad» del partido católico en el contexto italiano. Sólo así se superarían los términos de la contraposición todavía no resuelta entre las tesis de quien ve en De Gasperi el representante político de los intereses de los grupos hegemónicos de la segunda postguerra y, en consecuencia, en la DC el «partido conservador de la burguesía», y de quien, por el contrario, entiende la DC como un partido de base ampliamente popular, apelando a la cual De Gasperi supo llevar el mundo católico italiano (y la cúpula de la Iglesia) hacia posiciones democráticas, aunque fueran moderadas.

En efecto, en el proyecto de De Gasperi se reflejaba una visión de la sociedad, del Estado y de las relaciones internacionales fuertemente inspirada en los valores de la doctrina social cristiana y calcada fielmente sobre el modelo de la «tercera vía» iniciado por Pío XI y llevado por Pío XII a consecuencias extremas. Objetivo final era, en verdad, la realización de una sociedad interclasista ordenada según la concepción católica diseñada por el magisterio pontificio y, por 10 tanto, colocada bajo la «guía» (léase la hegemonía) de la Iglesia. Para conseguirlo hubiera sido indispensable (ffjense, son sus palabras), por un lado, proceder a la «supresión del proletariado», y por otro, «realizar una mejor distribución de las riquezas» e «impedir la concentración [de éstas] en pocas manos».

La conciencia del alto significado de su misión, que estaba y continuó estando en la base de las profundas convicciones de De Gasperi 7, como no dejaron de revelar los más atentos de entre sus interlocutores 8, era atemperada y corregida por considerables dotes de intuición y realismo político que le consentían afrontar la realidad italiana del momento con una flexibilidad táctica y una capacidad de maniobra cuyo significado escapaba la mayoría de las veces a Pío XII, preocupado por la dimensión planetaria de su propia visión ideológica. Justamente era la peculiaridad de la realidad social y política italiana (tanto en general como mucho más en la situación particular de la postguerra) la que exigía, según De Gasperi, postergar las actuaciones del proyecto de renovación en sentido católico auspiciado por el Papa. Para él, dos eran los motivos principales: el primero venía determinado por la propia gravedad del momento económico («si hiciéramos ahora las reformas estaríamos en las puertas del desastre», declaró en julio de 1947); el segundo, más importante, era de naturaleza exquisitamente política y lo hacía derivar del recuerdo de las experiencias de su pasado juvenil (desde que el motivo de la controversia era todavía la «cuestión romana», hasta la llegada del fascismo). Como él mismo explicitó a Pío XII en una famosa carta, existía para los católicos organizados políticamente «el riesgo del aislamiento o, en cualquier caso, de la disminución de las fuerzas», que

7 Era habitual repetir, en efecto, que «sin la civilización cristiana no se resuelven los problemas de la civilización italiana».

8 Nenni, por ejemplo, en su diario de los años 1943-56 (*Tempo di guerra fredda*), decía que cuando De Gasperi hablaba se veía en él el sentido «de la responsabilidad de un católico hacia Dios y hacia la Iglesia».

necesariamente se habría verificado en el momento que se hubiera iniciado «una especie de laborismo cristiano más programático y sistemático que [...] procediera en mayor medida a la reforma social», con la consecuencia inevitable «de ser demasiado débil para defender nuestras razones supremas del espíritu y de la civilización». Por tanto, teniendo presente la coyuntura político-social, era indispensable «concentrar en torno a los católicos más seguros y activos un despliegue de fuerzas amplio que pueda resistir al todavía fortísimo despliegue enemigo». Es sobre estos postulados y dentro de estos límites que, en mi opinión, deben reconducirse en los alcances y significados de la propuesta política de De Gasperi; y sobre estas premisas se fundó y con aquellas perspectivas finales se desarrolló la realización en términos político-parlamentarios (centrismo cuatripartito). Intentemos ahora resumir rápidamente sus tiempos y características.

Una vez eliminadas aquellas fuerzas que no habrían aceptado nunca colaborar a la «supresión del proletariado» y desaparecida cualquier posibilidad de realizar una «democracia progresiva», De Gasperi, mientras aceptaba como inevitable el retorno puro y simple a la concepción del «Estado de derecho» liberal democrático, trabajaba de hecho por construir una «democracia protegida» que debía limitar cualquier tendencia potencialmente progresiva y bajo cuya protección se debían realizar las premisas de su proyecto. Para que ello fuera posible era indispensable aliarse con las expresiones políticas e institucionales de los componentes del nuevo bloque social dominante surgido de las transformaciones acaecidas en el período entre las dos guerras (constituida, como es sobradamente conocido, sobre la base de la alianza orgánica entre la gran industria y altos cargos de aquellos sectores de la administración estatal directamente implicados en las tramas del desarrollo económico nacional) y juntos garantizar el consenso electoral de aquellos grupos de pequeña y media burguesía bastante extendidos en las grandes ciudades y en los centros rurales, sobre todo del centro-sur, que tenían y seguían teniendo señales evidentes de inquietud (piénsese en el éxito inicial del *Uomo Qualunque*). El Gobierno rigurosamente centrista, el mantenimiento del Estado centralizador y la garantía de su continuidad sustancial fueron, en consecuencia, la expresión política de esta alianza que continuó basándose en una lineal (y ni tan siquiera escondida) división de las tareas y de los papeles. A empresarios y exponentes de la gran banca, la gestión de la economía y de las finanzas; a los

mandos de la administración pública (donde estaba presente ya desde tiempo, e incluso con posibilidades de relevo, un consistente número de cuadros de la AC), la gestión del aparato del Estado; a la DC, o para ser más exactos, a la acción del Gobierno, la gestión política de toda la operación. La función de aglutinar y controlar un consenso de masas más profundo, unido a la gestión de lo que hoy llamaríamos «lo social», quedaba confiada a la Iglesia con sus instituciones y organizaciones⁹; entrase o no en *el pactum foederis*, la decisión resultaba legitimada por los acuerdos contenidos en el Concordato (al que el artº 7 de la Constitución republicana aseguraba el máximo reconocimiento institucional), y sobre todo, parecía agradar a todas las partes, incluso a la ex burguesía liberal que frente al «peligro rojo» elegía, sin dudas ni condiciones, confiarse a «manos benditas».

Con el fin de que la acción del Gobierno tuviese éxito en el ejercicio de su propia función, confirmando así la «centralidad democristiana» en los límites de todo el sistema político-social y consiguiendo en consecuencia hacer desaparecer los peligros del aislamiento, era indispensable que la DC (incluso después de la clamorosa victoria electoral del 18 de abril de 1948: 48,5 por 100 de los votos) renunciase a convertirse en un verdadero partido de masas para continuar siendo «un conjunto de notables apoyados por el aparato organizativo de la Iglesia»¹⁰. Dicho con otras palabras (pero el significado es el mismo), la DC debía mantenerse unida en torno a la línea moderada de De Gasperi, abandonando las veleidades de renovación social que por el momento resultaban tan peligrosas.

Por ello la lucha durísima que De Gasperi condujo contra la oposición interna con todos los medios a su alcance (y cuando éstos no eran suficientes, recurriendo a la intervención de la autoridad eclesiástica) hasta reducirla prácticamente al silencio en 1951 (retiro de Dossetti y cierre de *Cronache sociali*, alianza con Fanfani). Hay que decir que apenas un año antes parecía que se trataba de imprimir un curso diferente a los acontecimientos: el nombramiento de Dossetti para la vicesecretaría había coincidido con el breve período de actividad reformadora democristiana (*Ley Sila*, *Ley stralcio*, institución

⁹ Recuerdo que la Acción Católica, el «ordenamiento príncipe de los católicos militantes», tenía en 1948 2.275.000 afiliados.

¹⁰ La apropiada definición se encuentra en CAROCCI, G., *Storia d'Italia dall'Unità ad oggi*, Milán, 1975, p. 341.

de la *Cassa per il Mezzogiorno*, etc.). Repasando estos acontecimientos a la luz de cuanto hasta ahora he mantenido, no será difícil darse cuenta de cómo todos ellos entraban plenamente en el ámbito del proyecto degasperiano; en efecto, en el plano más inmediato es evidente que el intento de De Gasperi había sido el de atacar el latifundismo meridional en el que se apoyaba el bloque agrario ya en crisis, y al mismo tiempo, atacar la organización todavía combativa del proletariado agrícola; a medio plazo, el fin era favorecer la agregación de grupos de pequeña y media burguesía en torno a la DC, gracias también a la disponibilidad de la nueva conspicua dosis de poder clientelar que se le concedía.

Pero en el programa de De Gasperi no estaba sólo la defensa de la inserción política de los católicos, ello constituía la premisa, el presupuesto. Las «finalidades sacrosantas» (es decir, la reforma cristiana de la sociedad) no habían sido rechazadas, se habían tan sólo diferido los tiempos de actuación; puesto que escribió a Pío XII en 1951, sólo hubiera sido posible conseguirla «con la condición de tener en mano segura al gobierno y no perder la posibilidad de actuar sobre las palancas económicas y financieras»¹¹. En otros términos, De Gasperi miraba, en la óptica de una impostación «católica» de fondo, para imponer aquel «primado de la política», que en los otros países del occidente capitalista y liberal había comenzado a afirmarse, al menos como tendencia, ya a partir de los años treinta.

La ocasión para hacer el cambio decisivo se preparó con las elecciones de 1953; gracias al modificado sistema electoral debían asegurarse el salto de cualidad que habría puesto finalmente al partido católico en la condición de gobernar la Italia «legal» y realizar todas las «finalidades sacrosantas».

La *Ley truffa* no fue consecuentemente un hecho accidental, un error banal, casi un derrapaje, un resbalón de signo diferente debido a las presiones de cualificados e irracionales ambientes conservadores; también éstos existieron (piénsese en la «operación Sturzo») e influyeron en el tiempo y modo de las decisiones; si bien representó el instrumento coherente y necesario para la coronación de toda la política de De Gasperi. Ignorándolo (o disminuyendo su importancia) se arriesga no entender su significado. Efectivamente, en el 53 De Gasperi se había empeñado en obtener la mayoría absoluta en el Par-

¹¹ El entrecorillado es mío.

La «unidad política» de los católicos en la segunda postguerra

lamento (que gracias al premio de mayoría habría inevitablemente tocado a la DC, fuerza ampliamente hegemone del grupo vencedor de las elecciones); era la delegación esperada para legitimar la transformación en sentido cristiano de la sociedad italiana. Sin embargo, en las urnas las cuentas no salieron, y el resultado electoral terminó por señalar sin piedad el completo fracaso de la «propuesta política» degasperiana.

En efecto, el cierre a la derecha (Ley *stralcio*, Ley anti MSI) había amputado al mundo católico tradicionales sectores de sus clases dirigentes, sin que en el breve período fuese posible realizar el recambio, de modo que en la prueba del voto demostraron gozar (sobre todo en el Mezzogiorno) de una influencia superior a la prevista; el cierre a la izquierda realizado mediante la defensa «excepcional» de la «democracia protegida» y en el más completo desprecio de la cultura laica, consiguió que desde más partes se mirase a los partidos de izquierda como a los últimos coherentes campeones de los valores del progreso y la libertad expresados en la lucha de la Resistencia y traducidos después en la Constitución, hasta el punto de que consiguieron un consenso electoral mayor de cuanto (probablemente) se esperaba. Había, pues, fracasado la política misma de las alianzas sociales; conducida según una lógica demasiado reductiva y simplificadora y con una praxis rápida y verticalista, no había valorado en su justa medida el carácter fragmentario y estratificado de la sociedad italiana, ni había tenido bastante en cuenta las reservas y perplejidades de fondo presentes en la burguesía italiana con respecto a un hombre en el cual no llegaba a reconocerse del todo, y de una política cuyas finalidades advertían como extrañas ¹². El síntoma más evidente de tales desastres fueron los 500.000 votos de la lista de *terzaforza*.

En definitiva, había fracasado la tentativa de imponer el «primado de la política» basándose exclusivamente en la acción del Gobierno y dejando a la Iglesia la tarea de gestionar como propia la intervención en lo social, mientras el Estado y el partido (que en las

¹² halo Calvino, en una sabrosa página de rara eficacia literaria de la *Speculazione edilizia* (Turín, 1963, p. 108), ha destacado muy bien el clima de sustancial extrañeza e incluso de antipatía que caracterizaba las relaciones entre la burguesía «nacional» y el «católico» De Gasperi; el episodio revelador viene dado por la general y total indiferencia con que un acomodado grupo de la burguesía media acoge, estando de vacaciones, la noticia de la muerte del *leader* democristiano.

modernas sociedades de masa representaban los instrumentos de agregación, control y administración) no eran considerados o, por añadidura, ignorados. Era absolutamente necesario cambiar radicalmente el sistema: a esto se dedicó con una actitud autoritaria y activista Fanfani.

Poco después de la derrota de De Gasperi se produjo el fin del sueño «neo-integrista» y universal de Pío XII. Se habían advertido los primeros síntomas cuando por parte del Pontífice se creía llegado el momento de lanzar la ofensiva final decisiva (1949-50), incluso entonces se tuvo la prueba de cómo la división del mundo efectivamente no pasaba entre Roma y Moscú, sino entre EEUU y URSS (guerra de Corea), y de cómo las clases dirigentes del mundo occidental no estaban dispuestas a delegar en otros su propio papel de guía, sino que tenían la firme intención de explotar en provecho propio las cruzadas anticomunistas de los otros.

Pío XII, sorprendido y amargado, buscó un ajuste para la línea política hasta entonces perseguida, pero el final de la guerra de Corea, la conferencia de Bandung y el consiguiente inicio del proceso de «coexistencia pacífica» echaron por tierra los residuales márgenes de maniobra de este diseño. Al mismo tiempo, entre el 53 y el 55 estaba ya en plena crisis (al menos en Francia y en Italia) también la candidatura de una «clase elegida de hombres de sólida convicción cristiana» para el gobierno de la sociedad, mientras, con el fracaso de la CED (1954), se quebraba definitivamente el sueño de una «Europa carolingia».

Cansado y enfermo, desilusionado y desconfiado hacia todo y todos, Pío XII sobrevivió otros tres años, en casi total aislamiento y en un marco de clara decadencia, al final del gran proyecto de revancha católica. A su muerte, por parte de la cúpula eclesiástica convocada para elegir su sucesor, se puso de manifiesto la necesidad de una profunda renovación sustancial¹³: las decisiones tomadas en los años siguientes por Juan XXIII confirmaron la llegada del cambio.

¹³ Un testimonio importante está representado por la oración *De eligendo pontífice*, que, según la tradición, abrió el conclave. Estas son las características del pontífice que se auspiciaba: «El estará dispuesto a recibir y escuchar a los obispos como sus colaboradores para regir la Iglesia de Dios [...]. No basta un pontífice docto, no basta un pontífice que conozca las ciencias humanas y divinas y que haya experimentado las sutiles razones de la diplomacia y de la política [...]. Lo que verdaderamente se necesita [...] es un pontífice santo.»

3. La DC de Fanfani y «la ocupación del poder»

El cambio político que la DC se proponía realizar después del 53 bajo la guía de Fanfani no comportaba la desaparición del objetivo estratégico final de la «católica reconquista de la sociedad». Toda la formación ideal y cultural del nuevo *leader* no daba lugar a dudas: no había jamás escondido que consideraba la «tercera vía» indicada por Pío XI y Pío XII como la única en grado de poner remedio a los desastres profundos derivados del abandono del sistema capitalista a las leyes «naturales» del mercado y del interés. Cambiaban por el contrario, y de modo radical, los modos y los tiempos necesarios para conseguir y consolidar la hegemonía católica en el sistema mismo; la novedad se puede esquemáticamente simplificar en el diverso papel que Fanfani atribuía al Estado y al partido.

En primer lugar, el Estado. Para Fanfani su función equilibradora y al mismo tiempo propulsora de amplias modificaciones era determinante. Como él mismo dijo en el IV Congreso de la DC (Trento, 1956), «con su acción administrativa y legislativa [...] el Estado impide la formación y el ejercicio de monopolios nocivos para la economía de nuestro sistema, para la libertad, para la democracia».

Tal potencial de intervención omnicomprendensiva para ejercitarse consecuentemente sobre el conjunto de relaciones de producción y de clase, y destinado a incidir en la composición interna (y por tanto, en la cultura) de las clases mismas, debía ponerse en grado de realizarse y operar inmediatamente. Con el fin de que esto fuera posible, el instrumento fundamental e indispensable era el partido, concebido en este caso con una dimensión más compleja y orgánica respecto al viejo diseño degasperiano. Es decir, ya no contenido en los límites de una acción electoral-parlamentaria, sino empeñado en un esfuerzo de arraigo en la realidad social y de integración y «conquista» en la institucional.

En definitiva, la perspectiva era la de sustituir el centrismo político basado en una nada segura mayoría parlamentaria por la «centralidad» insustituible del partido, basada en la capacidad de agregar el consenso real de las masas estratificadas y disgregadas, de las que un sistema complejo de mediación burocrático-político-clientelar estuviera en grado de representar sus intereses dirigiendo sus demandas hacia la acción del Estado.

Cambiados los papeles y las funciones, cambiaban también los términos de las alianzas entre las fuerzas sociales y de las relaciones recíprocas. Ya no estaban basadas en la separación de los trabajos y campos de intervención y en la exclusión de la izquierda, sino en la integración *orgánica* entre los intereses de los varios componentes del bloque dominante, por un lado y, por otro, en ella involucración cauta y gradual de las fuerzas organizadas de la clase trabajadora y, en términos electorales, en la «penetración en la izquierda» (*sfondamento a sinistra*).

Ahora, en términos generales y a grandes líneas, veamos cómo la nueva «propuesta política» se hizo realidad. En primer lugar hay que recordar que se verificaron una serie de coyunturas que le fueron favorables. A partir de 1954, como se sabe, Italia conoció un proceso de desarrollo económico con proporciones sin precedentes en su historia, caracterizado por el dualismo entre norte y sur y entre sectores avanzados y atrasados de la producción, cuya excepcional velocidad de crecimiento se debió sobre todo a la fuerte demanda exterior. No hubo necesidad de intervención por parte del Estado para sostener el alza de la producción. Por ello, fue posible concentrar casi completamente la disponibilidad de capital público en la potenciación y ampliación del aparato del Estado ¹⁴ y en una política de intervención asistencial, sobre todo en el Mezzogiorno ¹⁵ y sobre todo en agricultura, con relación a aquella franja de población no implicada (o que no se quería implicar) en las grandes olas migratorias de aquellos años. La característica principal de esta política «meridional» consistió en mantener un carácter lo más improductivo posible, además de clientelar (veremos en qué términos y con qué resultados); en definitiva, sin dar cabida a actividad alguna que pudiera concurrir con la gran industria septentrional (en algunos aspectos, funcional a sus exigencias).

La gestión de toda la operación fue conducida por la DC, que ocupó con hombres propios los puestos claves de la administración tanto local como central en todos los niveles y sectores, y al mismo tiempo

¹⁴ Son los años que vieron la «irresistible ascensión» de IRI y ENI, el nacimiento contemporáneo del Ministerio de las participaciones estatales y, a partir de 1957-58, un pulular de nuevos Entes (entre ellos los célebres «Entes de gestión»: EAGAT, EAGC, EGAM, etc.), destinados a constituir el intrincado mapa del nuevo poder de la DC.

¹⁵ En el 53 se crearon tres institutos financieros con el objetivo exclusivo de gestionar el crédito industrial facilitado para el Sur.

extendió su control sobre las diferentes ramas de la economía pública en expansión. De esta forma se había puesto en marcha aquel proceso de transformación social que acompañó al alza de la producción (condicionándola bastante) y que desde entonces en adelante (aunque hoy el hecho se ha olvidado un poco) por parte de varios publicistas fue definido con los términos de «ocupación del poder», de instauración del «régimen democristiano» y de consiguiente afirmación de la *razza padrona*. Pero más allá de los aspectos más llamativos existe la realidad de un fenómeno que ha incidido de manera muy decisiva y con consecuencias bastante más profundas de lo que dan a entender estas definiciones. Será oportuno, en consecuencia, prestar atención a algunas características que puedan ayudarnos a comprender mejor el fenómeno.

Antes de nada valoremos más atentamente el alcance y objetivos de la intervención económica del Estado. Supo adecuarse a las exigencias y a las características (sociales, económicas y culturales) de la realidad meridional en estrecha relación con el problema del control del poder. El éxito fue asegurado por la formación de una clase política-burocrático-administrativa que estaba en condición de *mediar* entre las propuestas y las peticiones del norte y las necesidades y la mentalidad del sur, adecuando tanto aquéllas como la intervención del Estado al tejido social local.

Se afirma así una clase de «mediadores» (como dice Gribaudi) que bastante rápidamente sustituyen a los viejos notables de impronta (cuando no de origen) giolittiana, de los cuales superan la vieja concepción parasitaria, asumiendo funciones en cierta medida «empresariales», en torno a los que se agregan los intereses (voraces) de constructores, especuladores de cualquier clase y, a menudo, de sectores de la mala vida con carácter mafioso, que sueldan con los (asistenciales, clientelares) de la hacienda pública, de la que dirigen las iniciativas y distribuyen los favores a ellos conexos.

Esta mezcla de fuerzas económicas y sociales que a partir de 1954 se dirige a tomar con fuerza el poder en el Mezzogiorno se integra en el grupo dirigente del movimiento católico, resarciéndole con ello abundantemente de la disminución del apoyo por parte de las capas agrícolas tradicionales y, al mismo tiempo, garantizándole un real y más amplio consenso de masas.

También el tipo de relaciones que se instauran con los ambientes del mundo empresarial septentrional se hace más complejo, y siem-

pre con ventaja para la fuerza contractual de la clase política del Gobierno. La gestión de la intervención (y del aparato) del Estado permite a la DC favorecer o contener la emigración, indispensable para la formación de un «ejército de reserva» a medida de las exigencias de la industria, y promover la expansión del mercado interior incluso en el Mezzogiorno, mientras la capacidad ulteriormente acrecentada de control del crédito asegura al partido mayoritario una notable posibilidad de maniobra sobre todo con relación a la mediana y pequeña empresa. Las innegables ventajas que el nuevo poder democristiano supuso para la industria no fueron suficientes para disolver las reservas y perplejidades existentes entre sus más cualificados exponentes, cuyas preocupaciones encontraron expresión en el cambio de guardia en la cúpula de la *Confindustria* (el «laico» de Micheli en el puesto del «católico» Costa).

Cambios aún más significativos se verificaron en los mismos años en las relaciones entre la DC y los partidos de izquierda (lo que ya se ha señalado y sobre lo que se volverá en el párrafo siguiente) y entre la DC y la Iglesia.

Por lo que respecta a la izquierda, se mantiene el intento de debilitar su fuerza organizada tanto en los lugares de trabajo (y en el 55 la acción consiguió un innegable éxito) como en la realidad social (allí donde se presentara la ocasión, incluso mediante la utilización de personalidades como en el caso de La Pira, animados por auténtico espíritu evangélico), e igualmente se mantiene el prejuicio anti-comunista que sigue constituyendo el cemento ideológico-político de las múltiples fuerzas sociales unidas alrededor de la DC; pero algo cambia. Por un lado, se delinea la imagen (quizá todavía no definida en la derecha) de un «arco constitucional» que *a priori* no excluya la aportación del PCI (por ejemplo, elección de Gronchi para la presidencia de la República), y por otro, aprovechando la declarada mayor disponibilidad de los socialistas, se asiste al intento de involucrar al PSI en una operación de contornos todavía no muy claros, aunque subordinando los tiempos de realización a las exigencias de consolidación del poder democristiano y de mantenimiento de la unidad del mundo católico 16.

¹⁶ Pietro Nenni, en una página de agosto de 1954 (de su *Diario* ya citado), cuenta que Fanfani, solicitado para indicar los tiempos concretos para la política de apertura a la izquierda, respondía lo siguiente: «por el momento debo pensar en el

En el interior de todo esto, y sobre todo en aquellos sectores (minoritarios, pero siempre significativos) más comprometidos idealmente, la «propuesta» activista y sin escrúpulos de Fanfani tuvo el efecto de apagar definitivamente cualquier debate ideológico sobre el significado de la presencia política de los católicos y sobre la posibilidad de un proyecto real y alternativo de sociedad. Este hecho, junto a la ya evidente falta de adecuación de la doctrina social católica en los términos en que había sido relanzada por Pío XI y Pío XII, al demostrado fracaso del intento realizado por la jerarquía eclesiástica de imponerse como clase política real y, sobre todo, al proceso actuado por parte de la DC de «ocupación del poder» a nivel institucional y de arraigo en el tejido social en función de agregación y control del consenso (por lo que se advierten los primeros síntomas de la disminución de la capacidad de influencia de las organizaciones e instituciones confesionales), a la vez que fue motivo de desaliento y desorientación para las almas más sensibles respecto a los temas de una religiosidad auténticamente vivida¹⁷, llevó consigo la disminución del papel del magisterio eclesiástico entendido como magisterio político, favoreciendo, en consecuencia, el reconocimiento de hecho al «partido católico» de mayores márgenes de autonomía, en una medida de la que nunca anteriormente había gozado. La justa consideración que la adquisición de tales mayores márgenes de autonomía deba atribuirse a los efectos de los procesos evolutivos de conjunto en la realidad política y social italiana, más que a la maduración de una plena conciencia ideológica y política en ese sentido por parte de la DC, no cambia el resultado final; de las cenizas de la derrota electoral del 53 había nacido aquel modelo de partido democristiano destinado a desarrollar y gestionar su propia función de eje en el sistema político italiano hasta (por lo menos) la segunda mitad de los años setenta, aun sin posteriores y no despreciables ajustes de ruta se impondrán

partido, ver qué cosa es, y si es, qué consistencia tiene. Dentro de un par de meses volveremos a hablar concretamente sobre ello».

17 «Para un cura -se preguntaba don Lorenzo Milani en el 57- ¿qué tragedia mayor que ésta podrá jamás ocurrir? Ser libres, tener en las manos los Sacramentos, Cámara, Senado, prensa, radio, campanarios, púlpitos, escuelas y, con toda esta abundancia de medios divinos y humanos recoger el bello fruto de ser ridiculizados por los pobres, odiados por los más débiles, amados por los más fuertes. Tener la Iglesia vacía. Verla vaciarse cada día más. Saber que pronto no habrá fe entre los pobres. ¿No se te ocurre incluso preguntarte si la persecución podrá ser peor que todo esto?

al verificarse importantes acontecimientos en la historia de la Iglesia y de nuestro país.

4. Algunas consideraciones añadidas...

4.1. *Las relaciones con la situación internacional*

A pesar de lo que había dicho Pío XII, el cual al día siguiente de la declaración del fin de la guerra en Europa se había apresurado a declarar que «se trata ahora de reedificar el mundo», los fundamentos de la ardua operación de ingeniería institucional habían sido puestos hace tiempo. Los primeros síntomas de la voluntad de recuperación general se habían dado ya en agosto de 1941, cuando con la carta atlántica fueron fijados los principios inspiradores que hubieran tenido que regular los términos de la paz; el proceso había continuado en el verano de 1944 con los acuerdos de Bretton Woods, que habían delineado la futura configuración de las relaciones económicas internacionales; había proseguido en Yalta, donde se definió una primera aproximación de la configuración política de las relaciones entre las potencias protagonistas de la ya inminente victoria; la última fase (al menos por el momento) fue representada por la Conferencia de San Francisco (abril 1945), en la que la alianza militar que había conducido la guerra antifascista se transformó en la institución internacional (ONU) encargada de asegurar la paz en el futuro y, por lo tanto, de regular las relaciones entre las naciones. En resumen, en los tenebrosos años de guerra se habían fijado las premisas de un complejo sistema internacional de dimensiones intercontinentales, que comenzó a funcionar en la postguerra para organizar la economía (producción y mercado), la política y la diplomacia del mundo occidental, que habría tenido que involucrar (por lo menos en un primer momento y a través del mercado) incluso a la Unión Soviética (para atenuar su alteridad), y sobre todo, habría tenido que extender su potencial organizativo a la parte mayoritaria del planeta, todavía no automáticamente inserta en los modernos procesos de desarrollo (el «Tercer mundo»).

Es lo que Williams A. Williams ha llamado el imperio de la «puerta abierta», que, fundado en el «internacionalismo liberal» y bajo la guía y garantía de los Estados Unidos convertidos en la potencia hegemone en todos los campos, debía asegurar la reproducción del sis-

tema, haciendo desaparecer el riesgo de repetición de crisis como la del 29, con la amenaza de nuevos enfrentamientos bélicos. Todos los Estados que formaban parte de la ONU estaban por lo tanto interesados en su mantenimiento, incluso en la ola de convicciones ideológicas que empezaron a difundirse en los años treinta, según las cuales el *interés político* prevalente de las instituciones de gobierno de las sociedades capitalistas avanzadas ya no era, como para los consejos de administración de la burguesía ochocentista (tan queridos por Marx), la consecución de la tasa de plusvalía mayor, sino que debía ser la reproducción y potenciación del sistema capitalista mismo.

Con tal *interés político* prevalente, como agudamente ha observado Franco De Felice en el trabajo citado en una nota anterior, consigue para los grupos dirigentes de los diferentes países una *doble lealtad* (hacia el propio país y hacia el sistema en su conjunto), que si bien representa un límite objetivo a su actuación autónoma, ellos profesan de buen grado (y pretenden de todos la profesión) en cuanto que constituye la garantía y al mismo tiempo la legitimación de su propio papel dirigente.

Con la llegada de la *guerra fría*, el desbordamiento de la presencia estadounidense en la escena europea, con el fin de contender a Rusia (que había vuelto a ser la alternativa al sistema) el control de Europa central, la situación evoluciona hacia posiciones defensivas, sea sustentando la recuperación económica (plan Marshall), sea sustentando la reorganización militar (OTAN). Italia, que ya del 43 al 44 había sido objeto de particular atención (en cuanto que primero de los *partner* fascistas en abandonar su campo de alianzas, podía representar un significativo banco de pruebas para una primera puesta a punto de las primeras estrategias internacionales) 18, se encuentra ahora, en virtud de su posición geográfica, investida de difíciles y delicadas responsabilidades, en cuanto que zona fronteriza desde un doble punto de vista (oeste-este, norte-sur).

18 Para un puntual y equilibrado cuadro de síntesis sobre el tema puede verse COLLOTTI, E., «La Resistenza e il quadro internazionale», en VV. AA., 1945-1975. *Italia. Fascismo, antifascismo, Resistenza, rinnovamento*. Conversaciones promovidas por el Consejo regional lombardo en el «Trentennale della Liberazione», Milán, 1975; ID., «La collaborazione internazionale dell'Italia», en VV. AA., *L'Italia dalla liberazione alla Repubblica*, Milán, 1975.

La *doble lealtad* viene, por lo tanto, a asumir un carácter dirimente y al mismo tiempo de fundamentación con relación a las cúpulas políticas e institucionales de nuestro país, puesto que sus grupos dirigentes, incapaces de resolver con sus propias fuerzas la crisis de la salida del fascismo, advierten la necesidad de buscar dentro del sistema internacional los oportunos factores de garantía y legitimación¹⁹. Si en todos los años de De Gasperi, gracias a la linealidad de su «propuesta política» esencialmente basada en la acción del gobierno rigurosamente centrista (del cual había eliminado cualquier influencia de las izquierdas y de cuya *lealtad* internacional fue seguro defensor el conde Carlo Sforza, ministro de Asuntos Exteriores por un quinquenio a partir del 47), la situación no comportó ulteriores implicaciones concretas en la configuración institucional, con la llegada de Fanfani las cosas fueron hacia adelante modificándose y complicándose. Veamos cómo.

Antes de nada hay que aclarar un punto, para evitar los posibles equívocos que las propias consideraciones desarrolladas anteriormente con respecto a la *doble lealtad* podrían generar. La *doble lealtad*, aun conteniendo en sí la previsión de elementos de emergencia interna y externa y, consecuentemente, de activación de los servicios y de rápida actuación militar, no comporta efectivamente *por sí* (es decir, por el hecho mismo de ser reconocida y profesada) la creación de una clase de *doble Estado* (por decirlo, otra vez, con Franco De Felice), o sea, un sistema de aparatos *paralelos*, más o menos secretos y ocultos, con carácter represivo-defensivo-ofensivo²⁰. «El doble Estado

¹⁹ Di Nolfo ha comentado lúcidamente que «ninguno de estos grupos [involucrados en el desenganche del fascismo] considera posible superar por sí solo, es decir, únicamente con las fuerzas internas italianas, la crisis. Todos temen que sin una ayuda providencial del exterior los controles sociales que caracterizan la naturaleza del sistema político italiano, saltarán [...]. Si los aliados ayudan a las fuerzas dominantes italianas a superar la crisis, ésta podrá evitarse, y a cambio el sistema internacional podrá confiar en el porvenir en Italia como su humilde, devoto y fiel elemento de orden, obediente a los deseos de los vencedores occidentales» (DI NOLFO, E., «Sistema internazionale e sistema politico italiano: interazione e compatibilità», en GRAZIANO, Lo, y TARRow, S. (eds.), *La crisi italiana*, Turín, 1979, p. 89). Además, ID., *Le speranze e le paure degli italiani (1943-1953)*, Milán, 1986.

²⁰ Aunque las revelaciones a propósito de *Stay Behind* y al relativo constituirse de los «gladiadores» (no sólo en Italia) requieran ulteriores y más atentas profundizaciones, algunas primeras indicaciones, respecto a la realidad italiana, se pueden encontrar en CIPRIANI, A., y CIPRIANI, C., *Sovranità limitata. Storia dell'eversione atlantica in Italia*, presentación de S. Flamigni, Roma, 1991.

-son siempre palabras de De Felice- interviene, opera y actúa [...] cuando [...] surge una cuestión de dirección política de conjunto en sentido fuerte», que pueda debilitar o amenazar (en concreto, o en según qué casos, sólo en hipótesis) el mantenimiento de la *dobles lealtad*.

Es lo que se verifica (o se teme que pueda verificarse; pero la situación italiana, por los motivos ya dichos, representa uno de los casos en hipótesis) con el «cambio» de Fanfani; el dinamismo del *leader* democristiano en política interna («arco constitucional» y «penetración en la izquierda») y externa (cuestión de Indochina y sostenimiento de la estrategia petrolífera de Mattei), el aumento del papel del partido y su penetración en el aparato del Estado y en la sociedad (con la consiguiente debilitación de las funciones del Gobierno y de la Iglesia, desde el principio los máximos garantes de la *dobles lealtad* italiana), constituyen los principales elementos de fuerte perplejidad (incluso para algunos sectores de los grupos dirigentes nacionales) sobre la actitud futura de Italia con relación al sistema occidental. Por ello, no llama la atención que en la segunda mitad de los años cincuenta ²¹ tuvieran lugar las *primeras* (al menos entre las que se conocen oficialmente) «desviaciones» de los servicios secretos, que culminaron el 1959 con la recogida de informaciones «impropias» (los famosos «fascículos» del Sifar [*Servizio Informazioni Forze Armate della Repubblica*]) de «hombres eminentes [...] diputados, senadores, dirigentes de industrias, de las personas más destacadas por su varia actividad política, económica, cultural, artística y hasta [...] de prelados, obispos, sacerdotes de diferentes diócesis» ²². Ni llama tampoco la atención que una vez activados los elementos de «dobles Estado», incluso cuando hayan sido individuados y se haya procedido a corregir sus excesos, «no [sea] ya posible reconstruir la situación precedente», ellos han pasado a formar parte del «panorama político-institucional del país, alterando su dinámica» y condicionando

²¹ Franco De Felice sostiene que el verdadero y propio «salto de cualidad [se puede] individuar a partir del nombramiento de Tambroni a los Internos [en] 1955» (*op. cit.*, p. 535); dicho de otro modo, cuando la *dobles lealtad* se ve amenazada de algún modo, la función de garantía pasa de Exterior a Interior.

²² Así se lee en el texto de la relación (de mayoría) de la *Commissione parlamentare d'inchiesta sugli eventi del giugno-luglio* 1964, reproducida en DE FELICE, F., *op. cit.*, p. 536.

su desarrollo²³, reclamando, por tanto, una renovada atención de la historiografía política sobre ellos.

4.2. *Las relaciones con el PCI*

Como continuación a cuanto se ha dicho tanto en el primer punto como anteriormente, respecto a la dimensión ideológica del proyecto universalista de Pío XII (en el que se inspiró la fundación de la DC, basando en él su legitimación originaria), me parece totalmente evidente que la mejor definición que se puede dar de tales relaciones sea la del «asedio recíproco», gramscianamente entendido como categoría «elaborada en relación a los caracteres de la situación propia a la guerra de posiciones»²⁴. En el sentido de que si la línea dominante de ésta es sin duda el antagonismo conflictual, los términos en los que este último se traduce están constituidos prevalentemente por la consolidación de las respectivas posiciones y por la búsqueda (tácita o explícita) de terrenos y momentos de tregua, cuando no de acuerdo común. Entre los dos grandes frentes opuestos se viene así a establecer, se podría decir, a partir del 48, «un importante circuito de acción-reacción, desafío-respuesta que ha marcado el desarrollo republicano y ha garantizado, mientras ha funcionado, su vitalidad y mantenimiento»²⁵.

4.3. *Las relaciones con la mafia*

La particular gravedad y lo delicado del argumento, sobre todo a la vista de los dramáticos acontecimientos y de los clamorosos procedimientos judiciales de los dos últimos años, requerirían un tratamiento y reflexión mayores de los permitidos por la economía del presente trabajo, también por el estado de los estudios al respecto especialmente en la óptica específica que aquí nos interesa²⁶. Sin embar-

²³ Idem, p. 526.

²⁴ Idem, pp. 524-525. De esta parte del trabajo de De Felice codivido, además, las equilibradas y puntuales observaciones relativas al «bipartidismo imperfecto», el cual ya fue propuesto en su momento por Giorgio Galli.

²⁵ Idem, p. 524.

²⁶ Para una primera visión de conjunto del problema y algunas indicaciones bibliográficas puede verse el libro de síntesis de LUPPO, S., *8[loria della mafia dalle ori-*

go, me parece oportuno precisar un punto: si a lo largo de la segunda mitad de los años cincuenta, como ya he señalado anteriormente, se hace más estrecho y complejo el enlace entre actividad mafiosa y la promovida y activada por el desbordamiento de la presencia de la DC en la realidad institucional y social del país (hasta extenderse a todo el territorio nacional, en un crescendo destinado a culminar, por ahora, en las actuales gravísimas proporciones), el origen de tales relaciones hay que buscarlo en la realidad siciliana de hace más de un decenio. Cuando cesaron los combates en la isla, en el clima de disgregación del Estado (no se olvide que fue la primera región en realizar la experiencia y que el impacto fue ciertamente traumático) y de confusión general que envolvía todos los mecanismos y los equilibrios políticos y sociales, la mafia encuentra de nuevo crédito y fuerza. Su recorrido es cualquier cosa menos lineal y homogéneo; en parte, algunos pasajes esenciales están por reconstruir y aclarar; pero una cosa es cierta, al final de los años cuarenta, y más exactamente entre el 48 (18 de abril) y el 50 (occisión de Giuliano y reforma agraria), mientras se asiste a la definitiva consolidación del poder democristiano en Sicilia y al primer consistente diseño de una red de conexiones entre mafia y política, la mafia se encuentra ya entre 10 que los españoles llaman *poderes fácticos*²⁷ que emergen en la isla (y ya con perspectivas de proyección en el Mezzogiorno continental).

Creo, por 10 tanto, que la historia de las relaciones entre DC y mafia, aunque con las debidas cautelas, se inserta en una tradición histórica de más larga duración, recorriendo la cual no es difícil darse cuenta de cómo la Iglesia (directamente o a través de sectores o personalidades del mundo católico, designados para la ocasión) no haya dudado nunca en negociar, en descender a pactos, en estipular acuerdos (más o menos tácitos) y en realizar verdaderos y propios acuerdos con los poderes constituidos, legítimos o no (siempre que fueran efectivamente constituidos: *poderes fácticos*), sin que eso debiese y pudiese aparecer como un reconocimiento moral o, al menos, una for-

gini ai giorni nostri, Roma, 1993 (en particular para el período que nos ocupa, pp. 158 Yss.).

²⁷ Debo la definición a un estimulante artículo de BACET BOZZO, G., «Andreotti e il Vaticano», en *La Repubblica*, 16 de abril de 1993. Me parece bastante más adecuada que su traducción italiana (*poteri di fatto*), puesto que incluye la referencia a una especie de dimensión institucional de tales poderes, sin que ello implique reconocerles alguna forma de legitimidad oficial.

ma de legitimación; al contrario, a menudo manteniendo incluso en el plano moral, firme la condena, firme el desconocimiento (y en ocasiones incluso explicitándolo). Entre los innumerables ejemplos quiero limitarme a uno contextual. ¿No constituía un *poterfáctico* aquel mundo industrial que el 30 de abril de 1947 el *cattolieissimo* presidente del Consejo, en una famosa declaración oficial, quería asociar a las responsabilidades del Gobierno en calidad de «cuarto partido», mientras que apenas dos días antes (y *coram populo*) lo había tachado de sórdido egoísmo? Y 10 que era posible y lícito para De Gasperi, *ad maiorem Dei gloriam*, obviamente, por el mismo fin superior, ¿no habría sido igualmente posible y lícito en el caso de Andreotti (siempre que las recientes acusaciones se revelaran fundadas) o de quien estuviera en su lugar?

Indudablemente son sólo hipótesis (si bien no del todo carentes de fundamento). Es más, pienso que quizá pueda ser de utilidad interpretativa profundizar la investigación en esta dirección²⁸: no faltarán los resultados puntuales y oportunos.

5. ... y otras finales

Las consideraciones desarrolladas en el último párrafo, unidas a las relativas a los efectos del cambio realizado por Fanfani, reclaman algunas puntualizaciones en este discurso conclusivo.

La mayor «autonomía» conseguida por la DC respecto a la autoridad de la Iglesia y la funcionalidad de su acción en relación con las exigencias y los intereses de la burguesía industrial *no* constituyen, en mi opinión, elementos de juicio suficientes para deducir la conseguida «laicidad» del partido que lo haría similar (ya al final de los años cincuenta) a un «partido pillatodo» o a un «partido de desechos», como los que se han ido afirmando, con las diferencias respectivas, en los otros países de capitalismo avanzado en la segunda postguerra y que conseguiría así, finalmente, el tan auspiciado partido (conservador) de masas de la burguesía. La realidad, por contra, bastante más compleja, abarca la famosa cuestión de la «especi-

²⁸ Corno igualmente pienso que pueda ser útil intentar insertar el estudio del fenómeno mafioso en el esquema del modelo de la *doble lealtad*, pero por motivos de espacio y coherencia con el terna dejo tal reflexión para mejor ocasión.

ficidad» del movimiento y del partido católico de la que se hablaba al principio.

En efecto, es necesario aclarar que, a pesar de la «autonomía» y de la «laicidad» (incluso por los tiempos y modos con que se consiguieron), la DC continúa siendo el *partido católico* en el sentido y en la acepción histórica con la que he introducido mi reflexión; no sólo por la formación cultural e ideal (en la mayoría de los casos también por los *curricula*) de su grupo dirigente, o por el carácter de la cultura y de la subcultura de la que se deriva su imagen política, o también por el carácter absolutamente privilegiado que ésa (DC) mantiene en las relaciones con la autoridad, las organizaciones y las instituciones eclesiásticas (tanto que momentos, incluso significativos, de la política nacional se han visto condicionados), o, en fin, porque, a menudo, cada vez que está amenazada la unidad del movimiento católico, la última y decisiva palabra corresponde a la autoridad eclesiástica. Sino más bien, por todo este cúmulo de motivos y por uno más general, que hace referencia al papel y la función del Estado y del partido en el interior de las sociedades del mundo occidental.

A diferencia de los modernos partidos de masa (socialdemócratas o liberalconservadores, con todos los elementos obvios de diversidad recíproca), para los cuales, como se ha señalado, el *interés político prevalente* está constituido por la reproducción de la sociedad capitalista en su conjunto, para la DC el *interés político prevalente* (y absolutamente primordial) es el de *garantizar la hegemonía católica sobre el conjunto de la sociedad misma*, interés al que debe uniformarse y subordinarse cualquier otro objetivo. Justamente en tal subordinación hay que buscar la causa fundamental de las responsabilidades de la clase política dirigente en el desarrollo «torcido» o «perverso» del modelo italiano, además de la razón última del fracaso de tantos proyectos de renovación y reforma, y los motivos inmediatos de los contrastes con los otros componentes del bloque dominante.

Ello, claro está, no significa proponer una simple *reductio ad unum* de los múltiples elementos que concurren a determinar la acción de partido y de gobierno de la DC y que están en el origen de sus dos famosas almas («laica» y «católica»). Por el contrario, se quiere subrayar, todavía una vez más, que cuando la presencia y el peso de tales elementos consiguen poner en crisis o sólo amenazar la cuestión de la hegemonía, ellos no son superados mediante un trabajo de mediación política al mismo tiempo atento e incisivo (es decir, ten-

dente a restablecer un equilibrio social con un nivel más avanzado), sino que se silencian mediante una política sin escrúpulos en las concesiones o compromisos inmediatos y fuertemente «corporativos», esencialmente dirigidos a garantizar la hegemonía misma ²⁹.

En definitiva, para concluir, el grupo dirigente democristiano que se afirma en los años cincuenta estaba ya convencido de la necesidad de dotar a «la unidad política» de los católicos de la organización y estructura propias de la «forma-partido» moderna, sin que por otra parte ello significara la pérdida de la tradicional «cultura política» (es decir, la concepción misma de la política) y sin que supusiera una renuncia al objetivo de fondo para la consecución del cual había nacido la misma «unidad política».

Traducción: Nieves Montesinos

²⁹ Paradójicamente, se puede decir que para la DC el modelo histórico de gobierno y de administración del Estado y de la sociedad no es tanto el ofrecido por los grandes partidos de masas que operan en los países occidentales, sino, *mutatis mutandis*, el modo de gobierno actuado por el Estado pontificio desde la segunda mitad del seiscientos en adelante.